

# Costo social y sacrificio a los ídolos

*Julio de Santa Ana*

A fin de conocer mejor nuestra ubicación social y de dar sentido a las acciones que emprendemos, analizamos tanto los aspectos estructurales como los coyunturales de la situación en la que nos encontramos. El análisis de estructura se encara como la tarea que nos permite llegar a distinguir y separar las partes que componen la organización de la realidad hasta llegar a conocer los elementos fundamentales de la misma. En cambio, el estudio de la coyuntura es mucho más dinámico: tiene en cuenta la evolución de esa realidad. En ese sentido es posible compararlos a la trama de una obra teatral que se desarrolla en un escenario dado y en la que participan diversos actores. Algunos desempeñan papeles protagonistas, en tanto que hay otros que son sus antagonistas. También hay cerifees, como los que dirigían el coro en la tragedia clásica: orientan las voces de las grandes masas, y junto a ellas van y vienen por los caminos abiertos a través de las aventuras o desventuras que se representan en la pieza.

El origen del teatro, como se sabe, tuvo en Grecia connotaciones religiosas, propias del culto a Dionysos, el dios del vino y de la alegría (pero también de la tristeza). El ser humano, que vive diariamente sometido a presiones de trabajo, a códigos de conducta, como metido en una camisa de fuerza que lo obliga a comportamientos uniformes, siente la necesidad periódica de escapar a tales exigencias. Procura la fiesta, que abre la posibilidad de lo extraordinario, de la orgía. Es la ocasión propicia para vivir los días fastos, oportunidad para el encuentro con aquellas fuerzas cósmicas que son consideradas sagradas. La compañía de la multitud, la danza, la bebida, llevan a la alegría, al desborde y muchas veces a la violencia, que es expresión de fuerza y pulsión profunda del ser de cada uno. Por eso mismo Nietzsche colocaba el origen de la tragedia (o sea, del teatro) en el espíritu dionisiaco, rechazando la decadencia inherente al apolíneo.

Para los griegos la tragedia no se limitaba a aventuras humanas. Lo que se representaba ante la multitud reunida en ocasión de las fiestas dionisiacas eran enredos que tenían dimensiones cósmicas, en los que se entrelazaban acontecimientos humanos

con acciones propias de los dioses y sus decisiones irrevocables. Se trataba de una lucha, de agonías, de vida y de muerte, de amores y odios, de pasiones y destinos decisivos, de confrontaciones difíciles, que en el caso de la tragedia exigían el sacrificio. El vino alegre se transformaba entonces en el vino triste. La máscara de la comedia es inseparable de la de la tragedia; la alegría es vecina de la tristeza. No se trata de una coexistencia pacífica entre esos contrarios, sino de una tensión que crece hasta ser insoportable, exigiendo ser resuelta a través de la negación de uno de ellos. La lucha, pues, está en el centro mismo del teatro. La violencia es parte constitutiva de la trama. No puede ser de otro modo, pues la vida es confrontación, fuerza y violencia.

Por eso el teatro consiste fundamentalmente en un enfrentamiento de acciones y palabras en torno a una cuestión vital. Los participantes están divididos también en dos bandos. (. . .) De ahí que estos temas de la muerte y la vida sean centrales al teatro. Proceden en su medida de la religión agraria, aunque a nosotros nos lleguen a través del espejo de la epopeya. El *agón* a través del enfrentamiento violento de dos grupos o de dos personas, estimula el enfrentamiento de las fuerzas de la naturaleza y el triunfo de una de ellas; dicho de otro modo, la venida del buen tiempo, el nacimiento y desarrollo de las plantas y animales útiles al hombre. . . Tenemos con esto una explicación del trasfondo cósmico de la violencia tanto en el culto como en el teatro. Se notará que así (se percibe) al sacrificio como el rito regenerador de la vida. Ahora se nos aparece el mismo fenómeno sacrificial, pero desde una perspectiva nueva, la de la violencia.<sup>1</sup>

Esas luchas eran explicadas como enfrentamientos de fuerzas trascendentes: la necesidad de orden en la sociedad frente a la afirmación de la justicia o el derecho a la verdad. O del destino personal frente a las exigencias sagradas que no debían ser quebradas. En el fondo, según la comprensión de quienes participaban en aquellas

---

<sup>1</sup> Luis Maldonado: *La Violencia de lo Sagrado*, pags. 153-154. Salamanca: Ed. Sigüeme; 1974.

fiestas que dieron origen al teatro, muchas veces esas confrontaciones eran percibidas como luchas entre los dioses. Es menester reconocer, por cierto, que esa lucha entre seres divinos no es exclusiva del mundo helénico. También aparece en el contexto de la historia de Israel. Sólo que en ésta el enfrentamiento se da en términos mucho más nítidos. En la Biblia se afirma de manera tajante que la pelea es entre Javé, el Señor Vivo de nombre impronunciable, el único dios, y otras deidades que no son reales, sino fruto de la inteligencia y del trabajo humano, pero en las que quienes fueron sus artífices colocan un poder que estiman trascendente a sí mismos. En este sentido, la afirmación del Decálogo es bien clara:

Yo soy Yavé tu Dios, el que te sacó de Egipto, país de la esclavitud. No tengas otros dioses fuera de mi. No te hagas estatua ni imagen alguna de lo que hay arriba, en el cielo, abajo, en la tierra., y en las aguas debajo de la tierra. No te postres ante esos dioses, ni les des culto, porque Yo, Yavé, tu Dios, soy un Dios celoso. (Ex. 20. 2-5a).

Yavé, es un Dios liberador. Es aquél de quien no hay imágenes. Es también dios de un pueblo que no tiene poder. Es el dios de los oprimidos, de quienes ansían la liberación. El tótem que representa a una divinidad, de una u otra manera simboliza la fuerza u otra cualidad del pueblo que afirma creer en esa divinidad. Por ejemplo, el león representaba la fuerza del pueblo asirio. El buey, la potencialidad reproductora del ámbito donde moraban los egipcios. La serpiente era el tótem de los canaaneos, adoradores de los reales. Mas Javé, dios de los esclavos, de un pueblo sin poder, no tenía representación. Sin embargo, ese dios de un pueblo sin poder, es el más fuerte entre todos los dioses. Si los otros dioses legitiman la opresión, la dominación, el control social, el orden que debe existir (según la perspectiva que nace del poder) entre los estamentos sociales, Javé es aquel que se proyecta hacia el futuro, cuando la realidad será transformada, cuando los esclavos de Egipto alcanzarán liberación, cuando los campesinos sin tierra entrarán en el país que mana leche y miel, cuando la justicia será hecha a los pobres, cuando la libertad será más fuerte que la necesidad.

El análisis de coyuntura nos permite comprender de qué manera la realidad humana está tejida a

través de conflictos, luchas y contradicciones. Si en el pasado la explicación de lo mismos era dada frecuentemente a través de representaciones religiosas, hoy tenemos que enfrentar la exigencia de explicar nuestras luchas en términos concretos, bien humanos. No obstante, ese mismo imperativo nos lleva a comprender cómo muchas veces se cubren situaciones de injusticia y opresión con el manto de lo religioso. Entonces lo que ocurre a los seres humanos pasa a ser considerado como ineluctable, fatal. En torno a las cosas humanas se fabrica un misterio para que los problemas históricos no sean tocados, para evitar que sean transformados. Así es como surgen los ídolos. Marx lo demostró en el Capítulo I de *El Capital* al hablar del carácter fetichista de las mercancías.

Tenemos tendencia a pensar que los ídolos son adorados por mentalidades primitivas o supersticiosas. Así, quienes usan talismanes o fetiches se consideran como personas no suficientemente evolucionadas, cuya cultura no ha llegado a un nivel adecuado de madurez humana. Este tipo de conceptos es fruto del iluminismo, cuando se afirmó la necesidad de que la persona humana llegara a ser autónoma y adulta. Entre los rasgos principales de esa autonomía se encuentra la independencia de elementos extraños al ser humano, especialmente aquellos de índole religiosa.

Un examen rápido de ciertas realidades que experimentamos cotidianamente nos demuestra que la existencia de ídolos aún está presente en nuestras sociedades, no sólo entre quienes no han "evolucionado" suficientemente desde el punto de vista de una cultura moderna y científica, sino también entre aquellos que aparentemente se ajustan rígidamente a las exigencias de la cultura moderna. Por ejemplo, en el plano económico, quien no se amolda a "las leyes del mercado" es considerado un sujeto irracional. Su comportamiento pasa a ser riesgoso, y por lo tanto "imprudente". Este tipo de conducta no sólo es juzgada como moralmente nociva (según los códigos que rigen las relaciones económicas) sino como perturbante, verdadera fuente de alteraciones de lo que se entiende debe ser el mercado en el mundo capitalista.

Se deja de ver entonces que el mercado es un *lugar humano* por excelencia. Se lo transforma en un espacio frío, glacial, como si en él no existieran intereses, pasiones, convergencias, afinidades, etc.

El mercado *real*, aquel que se encuentra en cualquier aldea del mundo, no es apenas el lugar donde vamos a trocar bienes por dinero, o mercancías por otras mercancías, sino que también aparece como el ámbito donde las personas se encuentran, conversan, dando así lugar a la circulación de informaciones correctas y de rumores. El mercado es el ambiente donde se tejen amistades y se crean enemistades, donde las personas van hasta para enamorar. Todo eso ignoran quienes entienden que el mercado debe ser un ámbito regido por reglas propias, autónomas, que de ninguna manera pueden ser violadas. Se llega así a la *sacralización* del mercado. No cuesta mucho trabajo comprender quienes son los que llevan a cabo este proceso, que aliena al mercado de su carácter tan humano. Son, justamente, quienes controlan los mecanismos de funcionamiento de ese mismo mercado, quienes tienen poder sobre el mismo.

Son esas mismas personas (o grupos de intereses) los que pretenden que el mercado debe ser *libre*. O sea, que sobre él no se deben ejercer otras influencias aparte de aquéllas que emanan del proceso de oferta y demanda. Un "mercado libre" ya no es un mercado humano. Lo humano se manifiesta como fuente de apetitos, de deseos, de necesidades, que de una forma u otra se expresan en acuerdos comerciales. Un "mercado libre" ya no pertenece a *todos* los seres humanos, sino exclusivamente a quienes pasaron a controlarlo. De ahí la obligación que éstos experimentan de recurrir a elementos misteriosos, metafísicos, que ayudan a encubrir el funcionamiento de los resortes y mecanismos del mercado. Así, por ejemplo, Adam Smith habló de la "mano providencial" que rige el espacio mercantil, inspirando a epígonos contemporáneos que se han transformado en los grandes defensores de esta desvirtuación del mercado.<sup>2</sup> Señalaba Max Weber con acierto que:

Cuando el mercado *se abandona a su propia legalidad*, no repara más que en la cosa, no en la

---

<sup>2</sup>. cf. entre una vastísima literatura, de Millón and Rose Friedmann: *Free to Choose: A Personal Statement*, New York: Harcourt Brace Publishers; 1980.

También, de Michael Novak: *O Espiritu do Capitalismo Democrático*. Rio de Janeiro: Ed. Nórdica; 1985.

persona, no conoce ninguna obligación de fraternidad ni de piedad, ninguna de las relaciones humanas originarias portadas por las comunidades de carácter personal (...) Semejante objetivación -*despersonalización*-repugna, como Sombart lo ha acentuado en forma brillante, a todas las originarias formas de las relaciones humanas. El mercado "libre", esto es, el que no está sujeto a normas éticas, con su explotación de la constelación de intereses y de las situaciones de monopolio y su regateo, *es considerado por toda ética como cosa abyecta entre hermanos*. El mercado, en plena contraposición a todas las otras comunidades, que siempre suponen confraternización personal y, casi siempre, parentesco de sangre, es, en sus raíces, extraño a toda confraternización. (. . .) Las personas interesadas en sentido capitalista están interesadas en la creciente extensión del mercado libre (. . .)<sup>3</sup>

Al dejar de ser humano, al tornarse "libre", el mercado pasa a ser considerado como una entidad separada, con normas propias que deben satisfacerse si se pretende participar en el mismo. ¡Ay de quien intenta transformarlas! Debe caer todo el peso de la represión sobre quienes buscan hacerlo. Por eso mismo es importantísimo combatir la inflación que crea inestabilidad en el mercado. Este necesita "paz". Esto revela que el mercado es sinónimo de un campo donde se enfrentan enemigos. De ahí que es necesario que la lucha entre los mismos se vea legitimada no sólo por la jurisprudencia, sino también por ideas religiosas. Por eso mismo, y continuando con las citas de Max Weber, es posible señalar que:

Muy a menudo la paz del mercado está bajo la protección de un templo; además, esta protección de la paz suele ser una fuente de impuestos por parte de caudillos y príncipes. Pues el trueque es la forma pacífica específica para la obtención de poder económico.

---

<sup>3</sup>. Max Weber: *Economía y Sociedad*. Vol I, pags. 494-495. México: Ed. Fondo de Cultura Económica, 2a. edición de 1964, la reimpresión de 1969. (énfasis míos).

Naturalmente, puede unirse alternativamente con la violencia. (. . .) Las paces comarcales de la Edad Media están todas al servicio de intereses de trueque y la apropiación de bienes mediante el cambio libre, racional en sentido económico es, por su forma, como lo ha hecho notar siempre Oppenheimer, el palo conceptual de la apropiación de bienes mediante *coerción* de cualquier clase, casi siempre física, cuyo ejercicio regularizado es constitutivo particularmente de la comunidad política.<sup>4</sup>

El mantenimiento de la legitimidad del mercado genera represión. Por eso no tiene que extrañar a nadie que se haya impuesto la cruz a Jesucristo luego que enfrentó el poder del Templo y del mercado que estaba funcionando en el atrio del mismo (cf. Me. 11. 15-19; Mt. 21. 10-ss; Le. 19. 45-ss; Jn. 2. 14-ss). En ese lugar los pobres trabajadores de Palestina iban a dejar lo poco que ganaban para comprar el material sacrificial que le permitiría ofrecer aquellos holocaustos necesarios para su purificación. Los mismos señores dueños de la tierra, para quienes trabajaban, eran también los que controlaban el mercado del Templo de Jerusalén. Cuando Jesús protestó contra aquella explotación de los sentimientos religiosos del pueblo, quienes controlaban el mercado consideraron su acción altamente peligrosa. Por eso procuraron terminar con él:

Los jefes de los sacerdotes y los maestros de la Ley, al saber esto, buscaban la manera de acabar con él (Me. 11. 18).

Lucas agrega, en la lista de los conspiradores "lo mismo que las autoridades de los judíos" (Le. 19. 47c).

Juan habla de los "jefes judíos" (Jn. 2. 18). Lo que importa señalar aquí es que, para los que completaron contra Jesús y llegaron a causar su muerte, el mercado era una entidad importantísima. Era fuente de ganancia, de acumulación y riqueza. El Templo daba cobertura y pretexto a ese mercado. Era una cosa sagrada. Por lo tanto, un ídolo.

El Diccionario de la Real Academia Española, cuando da el concepto ' de ídolo, ofrece dos acepciones: primero, "figura de una falsa deidad a la que se da adoración", y, segunda, "*persona o cosa excesivamente amada*". Podríase decir, amada con aquel amor que sólo corresponde dar a Dios. Así se nos propone amar al mercado. Se entrega el ser al mercado. Se deponen las convicciones morales: sólo se aceptan las exigencias del mercado. Sus leyes son más imperiosas y parecen ser más elevadas que otras prescripciones relativas a la vida humana. El mercado parece ser entonces como un dios que propone como única moral aceptable el conjunto de las leyes que lo regulan. No hay otra moral para aceptar sino la del mercado, que transforma en competidores y enemigos a quienes participan en él (a menos que hagan alianzas y contratos). En esta lucha que caracteriza al mercado libre hay quienes ganan y pierden, quienes sacrifican al ídolo y quienes son sacrificados. El ídolo no se satisface sin esta violencia.

La oblación equivale a afirmar la trascendencia de lo sagrado, retirando algo del dominio humano y pasándolo al dominio sagrado. para mostrar que la condición humana no se basta a si misma (no es señora, sino deudora). La ofrenda de primicias es considerada como algo debido, como deuda. La mejor forma de expresar todo es la destrucción: *hacer que desaparezca la ofrenda*; haciendo imposible su utilización para cualquier fin. La *muerte* realiza tal significado a la perfección. Es el sacrificio. Por tanto el sacrificio osuna oblación más una destrucción.<sup>5</sup>

La muerte de Jesús debe comprenderse como entrega de sí mismo a partir del momento en el que decide ir a Jerusalén' y enfrentar directamente el poder opresor del pueblo. En ese sentido, es una oblación de si mismo. Pero, al mismo tiempo, debe entenderse como un elemento que permitió a los diversos poderes que oprimían al pueblo pobre de Palestina, encontrar un punto de convergencia y acuerdo. La víctima del sacrificio no es sólo ofrecida por una de las partes, sino por todas ellas. De acuerdo con esta perspectiva, la muerte del sacrificado libera, a quienes alcanzaron el acuerdo

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, pags. 496-497.

---

<sup>5</sup> Luis Malsonado: *Op. cit.*, págs. S6-57.

transitorio, de la posibilidad de enfrentarse unos a otros. La muerte del crucificado es elemento de protección de los sacrificadores. Del mismo modo, en la actualidad, el sacrificio de quienes sufren las consecuencias del sistema económico dominante es, por un lado, motivo de acuerdo y alianza entre los poderes que controlan ese sistema. Y, por otro lado, en tanto el sacrificio dura y se repite, esa inmoliación de los sacrificados cubre a quienes se aprovechan de ese proceso.

El ex-ministro de planeamiento de Brasil, Delfín Neto, cuyas posiciones monetaristas y anti-populares son bien conocidas, comentando por televisión el conjunto de medidas adoptadas por el gobierno del presidente José Sarney, luego de declarar su acuerdo con las mismas, agregó: "No hay progreso sin sacrificio". Se puede así apreciar cómo, en el presente, el sacrificio de quienes sufren las consecuencias del sistema económico imperante es, por un lado, motivo de acuerdo y alianza entre los poderes que controlan ese sistema. Y, por otro lado, en tanto el sacrificio se mantiene y se reitera, este sacrificio de los inmolados (el pueblo pobre de nuestros países, el que sufre las consecuencias del "plan austral" o del "plan cruzado") salva a los que se aprovechan de este proceso.

Para ser más precisos: se sabe que hoy América Latina pasa por un proceso de internacionalización de la economía. El capital transnacional ha penetrado y sigue penetrando la vida económica de los países latinoamericanos. Los grupos y firmas que tienen el control de la economía latinoamericana no responden a un control de los pueblos latinoamericanos. Por el contrario, los grupos del capital transnacional que operan en nuestros países, han inducido a través de canales apropiados a los gobiernos latinoamericanos a adoptar medidas económicas que gradualmente han conducido a una mayor pobreza de nuestros pueblos y, sobre todo, a una terrible situación de endeudamiento externo que hipoteca el futuro de los países latinoamericanos por varias décadas.

La deuda externa de América Latina, tal como es definida actualmente, no puede ser pagada. Sin embargo, a través de negociaciones diversas, se continúan pagando los intereses generados por la misma. Pero, ¿quiénes son los que pagan? Fundamentalmente, aquellos que no tienen grandes posibilidades de vida. Respondiendo

afirmativamente a la exigencia del pago de los servicios de la deuda, los gobiernos latinoamericanos imponen a los trabajadores salarios de hambre, al mismo tiempo que restringen las importaciones de manufacturas y tecnología necesarias para crear mejores condiciones de vida para el pueblo pobre. El resultado de todo esto es una disminución real de las oportunidades de vida de los sectores menos favorecidos, que se traduce en una constante insatisfacción de las necesidades básicas de vida. El pueblo es sacrificado por las exigencias del mercado.

Sin embargo, se sabe que por detrás del mercado hay poderes que lo manejan y establecen condiciones para aquellos que pretenden participar en su proceso. Hacer ofertas competitivas supone presentar productos y manufacturas a bajo precio. Para que ello sea posible, se imponen salarios muy bajos a los trabajadores. En una reciente publicación de la Sinopsis Económica de la Comisión Pastoral de la Tierra de la Conferencia Nacional de Obispos de Brasil (CNBB, Octubre de 1985) se presenta un cuadro sumamente revelador, tomado de la revista *Time*, y que indica que el salario promedio pagado por hora a los trabajadores de la industria de transformación en Brasil representa menos de la décima parte del salario pagado en el mismo ramo y por la misma cantidad de tiempo a los trabajadores de los EE.UU. Sin embargo, hay un sector de la población brasileña (no mayor del 15% ) que tiene ingresos comparables a los sectores de alto standard de consumo en los EE.UU y en Europa. Esta relación demuestra que quienes reciben menos cubren, pagan, subsidian, ayudan, *se sacrifican*, por los que viven bien.

Esta situación, este desequilibrio, puede comprenderse como una clara manifestación de violencia. Se trata de una *violencia sacrificial*. Los sectores populares desempeñan el papel de chivo emisario que permite el bienestar de las minorías que viven en la opulencia. Es un sacrificio que *purifica* a la sociedad; mejor dicho, que purifica a los ricos. Esta violencia sacrificial es la que limpia a la economía de los países subdesarrollados de aquellos elementos que les impedirían participar en el "mercado libre". Limpia a esa economía de todos aquellos costos que dificultan la entrada de nuestros productos en ese mercado. Esa limpieza da a nuestras ofertas un carácter competitivo. Las

mercancías ganan vida a medida que los obreros tienen cada vez menos vida. Por eso se trata de un sacrificio necesario, de acuerdo con los standards del mercado "libre".

Esta violencia, impuesta por las "leyes del mercado", surge como una exigencia exterior a la vida humana. Por lo tanto, trascendente. Proviene de algo numinoso, que atrae (es el imperativo de participar en el mercado) y que fascina. No obstante, al mismo tiempo, constituye una terrible amenaza: ¡cuidado con entrar al mercado sin observar sus imperativos, sus leyes de marketing! Al atribuir esta violencia a algo misterioso (algo que se entiende, aunque no se lo explicite así, como una cosa *sagrada*), se,

. . . deshumaniza la violencia. Sustraer al hombre su violencia para protegerle de ella, convirtiéndola en amenaza trascendente y siempre presente, que exige ser apaciguada por ritos apropiados y conducta modesta. Lo religioso-sagrado libera realmente al hombre de sospechas que envenenarían sus relaciones comunitarias, *si fuera consciente de lo que realmente sucede*.<sup>6</sup>

Cuando Milton Friedmann indica que para obtener un índice de crecimiento económico apropiado es menester que el mismo se base sobre un necesario "costo social" (que el mismo Friedmann estima elevado en los países subdesarrollados), emplea un lenguaje económico y sociológico que puede traducirse en términos religioso-teológicos como "sacrificio". Y, cuando sectores dominantes en los países latinoamericanos adoptan esta afirmación como digna, se llega a transformarla en una doctrina económico-teológica. Es evidente, a nadie se le puede escapar, que exigir este tipo de sacrificio es algo que hiere las normas de convivencia de una nación. Si sacrificio debe haber, entonces que sea compartido. Al no ser así, la violencia es injusta, y por lo tanto fuente de mancha, de impureza. Sin embargo, cuando se afirma dogmáticamente la obligación de ese sacrificio, cuando se lo impone a través de leyes y decretos, entonces pasa a justificarse esa violencia, que a pesar de la impureza que genera, es considerada como

instrumento para una purificación necesaria. Al celebrarse el sacrificio, al imponerse el "costo social", los que rigen el sistema dan lugar a "una catarsis que impide la propagación desordenada de la violencia".<sup>7</sup> Sin embargo, la violencia siempre está ahí. Sólo que está controlada, aplicada según la racionalidad sagrada del mercado que exige salarios bajos y privaciones a los trabajadores.

El ídolo del mercado convive estrechamente con el ídolo del dinero, y ambos son fuente de violencia. El mercado exige privaciones, abnegación y renunciamentos de manera continua. Estos imperativos del mercado crean tal tipo de tensión y opresión, que constantemente la población pobre de América Latina experimenta políticas represivas que pretenden mantener el carácter "libre" del mercado. Las mismas, en el correr de los últimos veinte años, han conducido al desarrollo del militarismo. Este fenómeno puede observarse a través de tres componentes. En primer lugar, por el crecimiento de armamentos y por el aumento cada vez mayor del poder mortífero que conllevan. Son conocidas las cifras en este sentido: la humanidad está llegando casi a 1.000 millones de dólares en gastos armamentistas, sin contar lo que se dispone para el mantenimiento de aparatos armados. En América Latina, países en plena crisis económica (como es el caso de Argentina), durante los últimos cinco años aumentaron sus gastos bélicos y se lanzaron en aventuras de muerte, como fue la guerra de las Malvinas. En Brasil, por ejemplo, en este momento una de las principales fuentes de ingresos por exportación de manufacturas es la producción de armamentos.

El capitalismo siempre consideró la producción de armas como un medio privilegiado para salir y/o evitar las crisis que lo afectan periódicamente. Rosa Luxemburgo hacía notar que "Desde el punto de vista puramente económico, es un medio privilegiado para la producción de plusvalía; es en sí mismo un área de acumulación", para agregar posteriormente con relación a la producción de materiales militares, que el,

Capitalismo controla en última instancia este movimiento rítmico y automático de la

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, pág. 111

---

<sup>7</sup> *Ibid.*, pág. 109

producción militarista a través del apoyo que le brindan los medios legislativos y de aquel tipo de prensa cuya función ' consiste en moldear la así llamada "opinión pública". Esta es la razón por la que esta área particular de la expansión capitalista parece a primera vista capaz de una expansión infinita. Todas las otras tentativas para expandir mercados y colocar bases operacionales para el capital, dependen ampliamente de factores históricos, sociales y políticos que están más allá del control del capital, en tanto que la producción para el militarismo representa un área cuya expansión regular y progresiva aparece determinada en primer lugar por el propio capital.<sup>8</sup>

Cuando se hace referencia a la organización actual del mercado, una zona que no puede ser fácilmente objeto de control, pero que ciertamente absorbe una gran cantidad de operaciones, está relacionada con el mercado de armamentos. Existen en el mundo poco más de una decena de focos de conflicto, además de una situación general de guerra latente, en función de todo lo que la producción y venta de armamentos aumenta con ritmo sumamente acelerado de año en año. Esto crea una atmósfera generalizada de violencia. Quienes pagan este sacrificio son quienes se encuentran en la "periferia" del planeta. En efecto, desde el fin de la guerra 1939-1945, la mayor parte de los conflictos existentes tuvo lugar en Asia, África, Medio Oriente, Pacífico y América Latina. En el caso de esta última, la represión organizada por el estado de seguridad nacional fue un factor decisivo durante el período 1960-1985 para la expansión de esta violencia y para el aumento del sacrificio de los sectores populares. A ello, desde fines de la década de los años setenta, debe agregarse la agresión contra las fuerzas populares que procuran la transformación social, como esta ocurriendo en América Central. Al triunfo del FSLN en Nicaragua, respondieron inmediatamente los EE.UU. con una escalada de amenazas y agresión, cuyo objetivo ha sido debilitar y desequilibrar el régimen popular sandinista en aquel país. El resultado ha sido la muerte y el sufrimiento de miles de campesinos y

obreros. Ahí aparece la violencia impuesta por el ídolo y por quienes lo defienden por todos los medios. Los seres humanos no cuentan. Lo que importa es la ganancia del capital.

En segundo lugar, el militarismo se caracteriza por su ideología, según la cual los militares son un grupo social que posee más competencia que los civiles para administrar la vida de los pueblos. Esto, sin embargo, es desmentido fácilmente por los hechos. En efecto, veinte años de administración militar directa en la mayoría de los países de América Latina significaron un gran deterioro de las relaciones sociales. El sector militar entiende ser imprescindible para la defensa de la seguridad nacional, entendida como lucha contra enemigos externos e internos, así como un ejercicio de control en situaciones de emergencia que afectan a toda o parte de la vida del país. En aras de esa seguridad se reprime, censura y limita al pueblo. Se le impone violencia para respetar la sacralidad del ídolo.

Esto conduce al tercer aspecto del militarismo: su tendencia inequívoca a imponer sobre la sociedad un proceso de militarización. Así como en el ejército las relaciones sociales se establecen a partir del comando, de manera vertical, del mismo modo el militarismo supone la exigencia de que la sociedad se rija según ese modelo. Exige, pues, la sumisión de "los de abajo", la aceptación del orden, el congelamiento de las estructuras sociales y económicas. Ciertamente, de este modo se preserva la intangibilidad del ídolo del mercado.

Una consecuencia muy importante de este proceso es la violación de los derechos humanos, tanto de los individuales como de los sociales. En nombre de la seguridad nacional (constantemente invocada por el militarismo para justificar su violencia y salvaguardar los intereses de quienes controlan y rigen el mercado) se asistió y se sigue asistiendo al ejercicio de una represión violentísima de los derechos de los más pobres. Muertes, desapariciones, torturas, desconocimiento del recurso de *habeas Corpus*, censura, restricción de las libertades, salarios que han perdido su valor de compra, etc., son elementos que marcaron y aún marcan la vida de los pobres de los países latinoamericanos. Es cierto que en algunas naciones latinoamericanas se observa un retorno a una cierta práctica democrática liberal y representativa. Sin embargo, cabe acotar también que este proceso no

---

<sup>8</sup> Rosa Luxemburg: *The Accumulation of Capital*, pág. 454 y pág. 466. New York: Monthly Review Press; 1968 (2nd printing).

va acompañado por una mejoría de las condiciones de vida de los sectores populares. Por el contrario, la observación de las tendencias que predominan en el proceso actual latinoamericano permite afirmar que a la represión política de los últimos veinte años sigue ahora otra de carácter económico, que mantiene la violencia y la exigencia del sacrificio, aunque ahora con otras características.

•••••

Al estudiarse esta situación se percibe que por detrás del mercado, del imperialismo y su violencia que provoca el quebrantamiento de los derechos humanos, aparece el fenómeno que traduce la avidez por la dominación desenfrenada. El ídolo esconde un demonio, un espíritu del mal. Fue aquel que se presentó a Jesús, tentándolo en el desierto, cuando lo llevó a un cerro muy alto, "*le mostró toda la riqueza de las naciones* y le dijo: 'Te daré todo esto si te hincas delante de mí y me adoras' " 11 (Mt. 4. 8-9).

Se percibe la exacerbación del poder cuando quienes lo administran pretenden ser considerados como personas o instituciones extraordinarias. Fue lo que ocurrió varias veces durante la historia de Israel. Hubo momentos en los que, aquel pueblo cuya vocación de liberación lo condujo a emanciparse del poder del faraón egipcio y luego a organizarse de tal modo que las tribus pobres que lo componían llegaron a dominar a los fuertes señores de Canaán, también cayó en la trampa de sacralizar el poder y un estilo de vida que se basa sobre grandes diferenciaciones sociales. Para asegurar el mantenimiento de ese sistema de producción, que exigía grandes tributos de los pobres al centro administrativo de Jerusalén y a la corte allí instalada, se llegó a sacrificar a los primogénitos.

Tradicionalmente se pensó que el sacrificio de la descendencia era un tributo a Moloc (cf. Lev. 20. 3). Sin embargo, en los textos prevalece una cierta ambigüedad: es verdad que ese dios Moloc aparecía como uno que exigía tales sacrificios; no obstante, no hay absoluta certeza de que no se hayan realizado también esas inmolaciones en honor a Yavé. Posiblemente fue lo que ocurrió en momentos de profunda crisis nacional, en tiempos de desesperación, cuando el pueblo pensó que para obtener el favor de Yavé era necesario sacrificar sangre de gente inocente en el valle de Ben-Hinom (cf. Jeremías 19. 5, y sobre todo Ezcq. 20. 25-26,

donde está escrito: "E incluso llegué a imponerles preceptos que no eran buenos y leyes en que no hallarían la vida. Dejé que me mancharan con sus propios sacrificios y que sacrificaran a sus primogénitos, para avergonzarlos y para que conocieran que yo soy Yavé").

Por detrás de estos textos aparece la tragedia histórica de un pueblo que afirma tener fe en un dios liberador, pero en cuyo pasado ese Yavé liberador se confunde en algunos momentos con los ídolos de la opresión. No es posible olvidar, por ejemplo, que Yavé es el dios del templo de Salomón, construido en base a trabajos forzados. Templo a partir del cual se legitimó la opresión.

Esa traición del pueblo de Israel a su vocación histórica significó que el lugar del Dios liberador fue tomado por un ídolo. Yavé pasó a tener cara de Moloc (también llamado Molec, o Melec, palabras indicativas del título de rey). Quien introdujo este culto, según el testimonio de I Reyes 11. 7 fue Salomón, aunque otros consideran que fue el rey Ajaz (cf. II Reyes 16. 3). La exaltación del rey exige que se sacrifique a este dios Moloc o Melec, al hijo primogénito. El rey Manases asilo hizo (cf. II Reyes 21. 26).

Este tipo de culto, con su imperativo de sacrificios humanos, significó en la historia de Israel la aceptación de tradiciones religiosas canaanitas. El pueblo que habitaba Palestina, antes de que ésta fuera conquistada por la federación de tribus que compuso Israel, adoraba a los baales ("amos" o "señores"), divinidades de la tierra y de la fecundidad. El culto que se expresaba a través de sacrificios humanos en el seno del pueblo de Judá es una indicación de que en determinado momento se dejó de lado la celebración al dios de la liberación, el dios de los pobres, con sus exigencias de justicia y derecho para los oprimidos. Fue el retomo a la legitimación de la dominación de los más fuertes.

Es reconocimiento de ese poder se concretó a través del sacrificio de víctimas inocentes e indefensas. Como siempre, el poder injusto se nutre de muerte. En cambio, Yavé es el dios de la vida. El ídolo requiere que sus apetitos insaciables sean constantemente atendidos. Tiene el mismo comportamiento que el imperialismo contemporáneo. El espíritu que lo anima, por un lado, codicia más y más poder. Y, por otro, divide a quienes seduce. Ese espíritu puede seguir mencionando las palabras

correctas: en términos religiosos puede decir que sigue adorando a Yavé, o a Jesucristo, etc. Sin embargo, su práctica demuestra que no tiene fe en el Dios liberador, sino en un ídolo de muerte. En términos políticos puede proclamar que defiende la libertad, que busca la justicia; no obstante la práctica demuestra que esos discursos están lejos de su comportamiento imperialista.

.....

Existe en la historia una contradicción clara entre las fuerzas que procuran la liberación y otras que intentan mantener la opresión. En tiempos bíblicos esa lucha se daba entre Javé, el Dios que no tiene imagen para ser adorado, y los ídolos están relacionados, de una u otra manera con la explotación y la injusticia que se impone a los seres humanos. Exigen sacrificios. En cambio, el Dios de la Biblia, Javé que tomó forma humana y se encarnó en Jesús de Nazaret, no los exige. El se entregó a sí mismo en una acción única, en una ofrenda viva en la cruz del Monte Calvario, anulando cualquier otra exigencia de sacrificio.

La inmolación exigida por los ídolos es el pago necesario para poder participar en el ámbito de lo sagrado. Es la remuneración inevitable para satisfacer las exigencias terribles del ídolo. El *mysterium tremendum* y el *mysterium fascinan* de lo sagrado (para aplicar aquí los conocidos conceptos de Rudolf Otto) resuelven su tensión a través del sacrificio de víctimas propiciatorias, inocentes. Es el sacrificio de los marginados por el sistema que permite que haya quienes pueden participar en el mercado "libre", disponer de dinero "circulante", protegerse ante la violencia y hasta poder llegar a administrarla.

Cuando intentamos comprender el sentido del sacrificio en el Nuevo Testamento, nos encontramos frente a una realidad diferente. En primer lugar, es Dios mismo, encarnado en Jesucristo, quien se sacrifica. No exige que otros lo hagan. El Dios de la vida, el que opta por los pobres para hacerlos herederos de su Reino, no se presenta como un padre terrible, como una autoridad castradora. Es un Dios que ama, y por eso mismo no exige más a los seres humanos que lo que éstos pueden dar. Jesús abolió definitivamente los sacrificios. Esto nos conduce a una segunda afirmación: a través de la

ofrenda generosa de sí mismo en favor de la causa de los pobres, se puede decir que ya no hay más motivos para nuevos sacrificios- La vida abundante que Jesús declaró traer para los seres humanos (Jn. 10. 10), no exige nuevas expiaciones, nuevos holocaustos, nuevas inmolaciones.

En la *Epístola a los Hebreos* se afirman estas cosas en varias ocasiones:

En verdad. Jesús es, bajo todos los aspectos, el Sumo Sacerdote que debíamos esperar: santo, sin ningún defecto ni pecado, que haya sido apartado de la maldad universal y elevado más alto que los cielos, \*alguien que no tiene necesidad de ofrecer primero sacrificios por sus pecados antes de' ofrecer por los pecados del pueblo, como lo hacen los Sumos Sacerdotes. El se ofreció a sí mismo en sacrificio, *una vez por todas*" (7. 26-27).

A lo que se agrega posteriormente:

Así, pues, era necesario purificar las cosas que no son más que símbolos de las realidades divinas; pero esas mismas realidades necesitan sacrificios más excelentes. No fue hecho por manos de hombres el santuario al que entró Cristo; no era copia del santuario auténtico, sino el propio cielo, donde Cristo está ahora en presencia de Dios, en *favor nuestro*. El no tuvo que sacrificarse varias veces; no hizo como el Sumo Sacerdote, que entra todos los años al santuario, llevando una sangre que no es la suya. En ese caso, desde la creación del mundo, habría tenido que padecer muchísimas veces. Pero no, ahora se manifestó una vez por todas al fin de los tiempos, para borrar el pecado con su sacrificio. Y puesto que los hombres mueren una sola vez, y después viene para ellos el juicio, de la misma manera Cristo se sacrificó una sola vez para borrar los pecados de los hombres. En su segunda venida ya no cargará con el pecado, cuando se manifieste a los que lo aguardan y que de él esperan su salvación (9. 23-28).

El Dios del Evangelio es sacrificador y víctima del sacrificio al mismo tiempo. De ahí que libera al pueblo del sufrimiento, así como liberó a Israel de la opresión egipcia y del cautiverio babilónico. Dios en Jesucristo asume sobre sí todo el sufrimiento

causado por las injusticias y opresiones que someten a los seres humanos. La Cruz en el Calvario no es un acto de sumisión a las iniquidades del mundo y a los poderes que las administran, sino que debe ser entendida como un acto de protesta radical contra las mismas. Mas, por eso mismo, porque Dios se sacrificó en Cristo por todos los hombres y mujeres de todas las generaciones de la historia, es que hoy no corresponde aceptar nuevos sacrificios. Es intolerable, desde el punto de vista evangélico, la exigencia de los mismos. De ahí que no sea posible tener otra actitud que la de rechazo a los planteos de Friedmann en favor del "costo social" necesario para el desarrollo.

Infelizmente, es verdad que los seres humanos siguen sufriendo a pesar del sacrificio liberador de Jesucristo. Es verdad también que Dios mismo asume el sufrimiento (Moltmann). Pero al mismo tiempo debe afirmarse con Hedinger que el sufrimiento no debe ser aceptado. Justamente, por ser Dios sacrificador y víctima al mismo tiempo, no es posible pactar con lo que acarrea dolor, pena y tragedia a los seres humanos, y especialmente a los más pobres. Por su propio sufrimiento en la carne de Jesús en la Cruz, Dios se hace solidario con los que sufren. El sufrimiento de los pobres no es causado por Dios. Este no es sádico. Dios nos apela a creer en el Evangelio. O sea, a tener coraje para luchar I contra todo aquello que nos provoca dolor, que introduce la muerte en nuestras vidas.<sup>9</sup>

La comprensión de que Dios nos convoca a la obediencia en la practica de la liberación y de la justicia, y no al sacrificio (cf. Oseas 6. 6) es un llamado a la subversión contra el orden de los ídolos. Este afirma la muerte, en tanto que la misericordia de Dios es la sustancia misma del triunfo de la vida. El Dios del Evangelio nos libera de toda crueldad. En cambio, el orden de los ídolos sólo se mantiene con la practica de la misma.

---

<sup>9</sup> Una explicación más desarrollada de estas ideas se encuentra en el libro de Leonardo Boff: *Paixão de Cristo, Paixões do Mundo*, pags. 129-137. Petrópolis: Vozes; 1978.